

SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

LA TERCERA FÁBRICA / ÉRASE UNA VEZ

Traducción de
IRINA BOGDASCHEVSKI

Revisión de traducción de
FULVIO FRANCHI

VÍKTOR SHKLOVSKI

LA TERCERA FÁBRICA



ÉRASE UNA VEZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en ruso *La tercera fábrica*, 1926

Primera edición en ruso *Érase una vez*, 1964

Primera edición en español, 2012

Shklovski, Viktor

La tercera fábrica. Érase una vez. - 1a ed. - Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2012.

328 p. ; 21x14 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

Traducido por: Irina Bogdashevski

ISBN 978-950-557-916-7

I. Teoría Literaria. I. Irina Bogdashevski, trad. II. Título
CDD 801

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: fotos de Otto Lilienthal, tomadas por Ottomar Anschütz
y Richard Neuhaus

Titulos originales: *Третья Фабрика* [*La tercera fábrica*] y *Жили-Были*
[*Érase una vez*].

© 2010 de Varvara Shklovskaya-Kordi.

Los derechos de traducción al idioma español son otorgados por la FTM Agency,
Ltd., Rusia, 2010.

D. R. © 2012, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S. A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carretera Picacho Ajusto 227; 14738 México D. F.

ISBN: 978-950-557-916-7

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

La tercera fábrica	9
Érase una vez	115
<i>La literatura sobrelleva la vida, la vida</i>	
<i>hace literatura, por Laura Estrin</i>	299
Índice analítico	317

LA TERCERA FÁBRICA

Эта книга
наша нежная
девушка
Виктор Шкловский
23 июля 1974

[Este libro está lleno de triste insolencia.
Viktor Shklovski
23 de julio de 1974]

Para la presente traducción se trabajó con la edición publicada por Prideaux Press en Inglaterra en 1981, que reproduce la primera edición soviética de la Cooperativa de Escritores Krug, de 1926. En dicha edición facsimilar se incluye, en una página en blanco, esta dedicatoria autógrafa de Shklovski.

Prólogo

Continúo

Hablo con la voz enronquecida por el silencio y los folletines. Comenzaré con un fragmento que hace tiempo está sobre la mesa.

Como en una película, cuando le pegan al comienzo un negativo velado o un pedazo de otra cinta.

Yo pego el fragmento de un trabajo teórico. Como un soldado que al vadear un río levanta su fusil.

Toda la obra estará seca. Como tos.

En el siglo XVIII y al comienzo del XIX, por la palabra anécdota se sobrentendía una noticia interesante sobre algo.

De esta manera, la noticia de que la fábrica Krupp está construyendo un motor diésel de dos mil caballos de fuerza en un solo cilindro sería una anécdota desde el punto de vista de esa época. La historia anecdótica, desde el punto de vista de esa época, es además una historia consistente de noticias separadas, débilmente unidas entre sí. Había hasta anécdotas filosóficas.

Incluso en la anécdota de esa época podía faltar lo gracioso de un desenlace inesperado. En la actualidad llamamos anécdota a un pequeño relato con un desenlace. Desde nuestro punto de vista, es absurdo preguntar después del relato de la anécdota: “¿y qué más pasó?”, pero es el punto de vista del día de hoy.

Antes, después de una noticia anecdótica podíamos esperar otra. De esta manera, en la anécdota contemporánea percibimos principalmente la construcción; en la anécdota antigua se percibía, ante todo, lo ameno de lo enunciado: el material.

Esta lucha, o más bien alternancia, de la percepción de dos aspectos de la obra, puede ser observada fácilmente.

No tengo ganas de ser agudo.

No tengo ganas de construir un argumento.

Voy a escribir sobre cosas e ideas.

Como una colección de citas.

Los tiempos han cambiado nuevamente, y pronto consideraremos que la anécdota no es una noticia graciosa, sino los hechos que publicamos en la sección de pequeñas notas de los periódicos. Cada momento separado de la pieza se transforma en un ejemplar independiente. La construcción del objeto o no se logra del todo o, si ya existe casualmente, se mata, con lo que el crimen pasa desapercibido para el público. Es un crimen sobre un objeto inservible, se mata a un muerto. El interés por la novela de aventuras que tenemos ahora no contradice la idea recién expresada. La novela de aventuras es la novela del enhebrado sin una orientación hacia la línea del enlace.

Ahora aceptamos las memorias como literatura, percibiéndolas estéticamente.

Esto no lo puede explicar el interés por la revolución, porque también se leen con avidez las memorias que, por la época, no tienen ningún vínculo con la revolución.

Claro que ahora existe y seguirá existiendo la prosa temática, pero existe en el fondo de los viejos hábitos.

La primera fábrica

Sobre el elefantito rojo

—Elefantito rojo, juguete de mi hijo, te dejo entrar primero en mi libro, para que otros no se ufanen.

El elefantito rojo chilla. Todos los juguetes de goma deben chillar, si no, ¿para qué tendrían que perder aire?

Y he aquí que, en contra de Brehm, el elefantito rojo chilla. Y yo escribo en mi alto nido, sobre la calle Arbat.

Pocos pájaros consiguen llegar a mi altura sin sofocarse. Yo perdí la costumbre, en mi nido, del aliento largo.

Mi hijo se ríe.

Él se rio cuando vio por primera vez un caballo, pensó que era en broma que se había hecho de cuatro patas y un hocico largo.

Nosotros estamos estampados con formas diferentes, pero tenemos la misma voz si se nos aprieta.

—Elefantito rojo, apártate, quiero ver la vida sin broma y decirle algo con mi voz, no a través del sonador.

AQUÍ TERMINA EL FOLLETÍN.

*Escribo acerca de que la existencia
determina el entendimiento,
pero la conciencia queda desmantelada*

Mark Twain toda su vida escribió cartas dobles: una, la enviaba; la otra, la escribía para sí mismo, y allí escribía lo que pensaba.

Pushkin también escribía borradores de sus cartas.

Últimos días de otoño. Susurran con las hojas que se secan en los callejones Skatertni y Jlebni-Chashnikov. (Como si se amontonaran los manuscritos no aceptados.) Alguien está tocando el violín. No tengo derecho de ocultarlo.

En el viraje verde de los faroles caminan a mi lado los cuadros de las calles.

Camino y canto como una romanza:

No, tú no me eres tan querida,
las amadas no suelen ser así.

En las redacciones hay tabiques divisorios de madera terciada. Ideas en colecciones. Así no ocurre que salgas de algún lugar y no te sientas mejor en la calle.

Fluyo, como una manga de goma desgastada. El libro se va a llamar

“LA TERCERA FÁBRICA”.

En primer lugar, yo trabajo en la 3ª fábrica de Goskino.

En segundo lugar, no es difícil explicar el título. La primera fábrica han sido para mí la familia y la escuela. La segunda, la OPOIAZ.*

* Acrónimo de la Sociedad para el Estudio de la Lengua Poética. [N. de T.]

Y la tercera me está formando ahora.

¿Acaso sabemos cómo se debe formar a una persona?

Quizá sea correcto dejarla parada en una fila delante de una caja. Quizá sea correcto que no trabaje en su especialidad.

Esto lo digo con mi propia voz, no con la del elefantito.

El tiempo no puede equivocarse, el tiempo no puede ser culpable ante mí.

Es incorrecto decir: “Todo el regimiento no marcha al paso, sólo un alférez lo hace bien”. Quiero hablar con mi tiempo, entender su voz. He aquí que ahora me resulta difícil escribir, porque pronto el artículo alcanzará su medida usual.

Pero la casualidad es necesaria para el arte. Al autor siempre le dictaban la extensión del libro.

El mercado le daba la voz al escritor.

La obra literaria vive gracias al material. *Don Quijote* y *El adolescente* no fueron creados por la libertad.

La necesidad de incluir el material dado y la falta de libertad en general crean la obra. Yo necesito la libertad del constructor. Es necesaria la libertad de la revelación del material. No quiero fabricar con las piedras sólo sillas vienesas. Necesito ahora tiempo y lector. Quiero escribir sobre la falta de libertad, los honorarios por libros de Smirdin,* la influencia de las revistas en la literatura, la tercera fábrica, la de la vida. Nosotros (la OPOIAZ) no somos cobardes y no cedemos ante la presión del viento. Nos gusta el viento de la revolución. El aire a 100 kilómetros por hora existe, presiona. Cuando el automóvil aminora la marcha hasta 76 kilómetros por hora, la presión baja. Esto se hace insostenible. El vacío te absorbe. Aumenten la velocidad.

* Alexandr Filippovich Smirdin (1795-1857), librero y editor ruso. Fue uno de los primeros editores en pagar derechos, lo que les permitía a los escritores cierta independencia respecto de la Corte. Un modo en que los formalistas intentaron comprometerse con las demandas de los marxistas fue estudiando el medio de los escritores y las formas en que, por ejemplo, el pago de derechos afectaba el desarrollo de la literatura. [N. de T.]

Y déjenme ocuparme de los cultivos especiales. No está bien que todos siembren trigo. Yo no sé hablar con el chillido del elefantito.

No es correcto cuidar el arte. No seguimos el mismo camino que Abram Efros, de dorados cantos.*

Esto es casi todo.

* Abram Efros (1888-1954), conocido historiador del arte y traductor. La frase “de dorados cantos” se refiere a una lujosa edición de ilustraciones de Alexandr Pushkin publicada por Efros. [N. de T.]

ÉRASE UNA VEZ

Infancia

¿Por qué comienzo con la descripción de la infancia?

Muchas veces empezaba a escribir y escribía memorias como un diario. Anotaba lo que sucedía, para entenderlo. Aquellos libros salieron publicados en la década de 1930. Pasaron para los libros veinte, treinta, cuarenta años. Ahora ya escribo memorias. Trato de escribir también ahora lo que he visto y escuchado, y no lo que he leído. La manera más fácil de hacer las memorias es por medio de los libros, pero los libros son una percepción ajena y comúnmente ya generalizada. Siempre parece que aquel mundo en el cual vives ahora existía también antes. Y, sin embargo, allí las calles eran otras, eran blancas y silenciosas en invierno; otras eran las ventanas a través de las cuales observábamos esas calles, o tratábamos de observar, porque en invierno las ventanas se cubrían de hielo y en verano los vidrios se pintaban para que el empapelado no perdiera sus colores.

Estoy empezando a escribir en los suburbios de Moscú. Cerca de mi casa, atravesando el campo, se encuentra el aeropuerto Sheremétievo.

Los cuerpos de los aviones de vuelo rápido, como alargados por su velocidad, anticipan con su aparición el silbido. El silbido, cortando el aire, confirma aquello que ya había pasado ante el ojo; me estoy acostumbrando.

De noche las bordas de los aviones están agujereadas por las luces; a su encuentro, el aeropuerto relampaguea por las señales de confirmación; hierve como el fuego, expidiendo burbujas de fuego.

Las luces interrumpen a otras luces.

Despegues, aterrizajes, ruidos crecientes y decrecientes.

Casi me acostumbré. Sólo espero el ruido, me duermo con los ruidos.

Para dormirse es bueno imaginar unos carneros a los que están bañando en el mar, o aunque sea sólo unas olas. El sol se

pone en el mar, se adhiere al horizonte, se derrite y se incinera como el grisáceo pajar encendido por alguien.

Delante de las frentes blancas de las olas aparecen unas sombras; las olas blancas surgen apretadas, van como periódicos que salen plegados de debajo del rodillo de la rotativa. Hojas del Leteo: musitan, susurran, como las olas del río del olvido.

No me duermo. El corazón late como un teléfono con el tubo colgado con descuido. Los sueños me hojean como a un libro.

Allí, detrás de los muros del edificio que se llama Scha-3 arde el ocaso con frías franjas azules y rojas. Reina, repitiéndose y vibrando, un silencio ilusorio. Pronto llegarán volando los Tu-114.

No, yo no estoy hojeando, recordando, los viejos periódicos. El viento golpetea contra las hojas de amianto del revestimiento exterior de la casita. Es tarde. Hay que dormir. No pensar, no armar proyectos. El silbido del avión: pasa por encima del techo de pizarra su huella sonora. A su encuentro viene el aeropuerto hirviendo con la espuma roja, blanca de las luces de señales.

Me duermo. Una pausa. Pasan trenes invisibles. Detrás del bosque de abedules, van contando con sus ruedas invisibles las juntas invisibles.

Un silbido ininterrumpido: el Tu-114 levanta vuelo. Me parece extraño, entre sueños, que el avión no vaya golpeando los meridianos. La Tierra da vueltas tranquilamente; en el cielo, seguramente se desatornilló una estrellita conocida. ¿Cómo se llama?...

Estoy dormitando. Seguramente por encima de Moscú se ve un resplandor pálido como el pecho de la paloma gris. Otra pausa. Estoy recordando. Van los años, unos tras otros, en un torrente irregular: dos años, tres años, cinco años; van lentamente, la juventud viaja en tranvía, la vejez vuela en un Tu-114, sin ningún golpeteo siquiera en los límites de las décadas. Sueños sin olvido.

No se asombren de tener que leer ahora sobre un pequeño muchacho, sobre adultos desconocidos y acontecimientos comunes.

Para ver mejor la corriente de un río tiran al agua un manojo de pasto recién cortado, y por las briznas que se alejan, lentas o rápidas, rectas u oblicuas, determinan su curso.

Quiero mostrarles el curso del tiempo. La gente de la que se hablará en la primera parte es simplemente la gente de los viejos tiempos, y no les aconsejo que se dediquen a la crianza del muchacho que describiré: él pronto cumplirá los 70 años (ahora ya son 80). Es difícil de educar.

El arbitrario Dios bíblico creó el mundo, dicen, según su propia imagen y semejanza, pero hasta esto se afirma sólo con respecto a Adán.

En el mundo existen además hormigas, elefantes, jirafas: éstos no se parecen entre sí. Ellos no están sujetos a redacción, son animales de distintas especies. Por esto no hay que enojarse.

Tampoco se parecen entre sí los seres humanos.

Ya hay muchas memorias publicadas, pero en ellas el pasado se ve muy adornado. Mi infancia no tuvo adornos.

En un buen escritor, Pomialovski, el protagonista se pregunta: “¿Dónde están aquellos tilos, debajo de los que crecí?”. Y se contesta a sí mismo: “No existen esos tilos, y tampoco existieron”.

Se publican muchas memorias ahora, pero la gente ama su pasado y lo adorna con las flores y con los tilos tradicionales.

Yo voy a escribir sin tilos.

Así que escribiré directamente. La vida de una persona no muy rica antes de la revolución era limitada, ciega, aislada. Hablo de la gente de mi círculo.

Lo que usted leerá ahora no es un libro ni los fragmentos de un libro. Trato de presentar tres partes acabadas: la infancia, la juventud, que terminan con la revolución vista desde abajo.

Pero la revolución, sin haber llegado todavía, ya nos había cambiado.

Escribiré por segunda vez sobre ella, cuando hable de la literatura anterior a la soviética y del nacimiento de la literatura soviética.

En el segundo fragmento contaré sobre la Universidad de San Petersburgo, sobre Maiakovski, Blok, Gorki, sobre la ОПОИАЗ, de la que ya muchos se olvidaron. Éste será un relato sobre el destino; no sobre cómo debía haber vivido el hombre, sino sobre cómo ha vivido realmente.

El tercer fragmento está dedicado a la historia de la cinematografía soviética. Contaré de Serguéi Eisenstein, de Alexandr Dovzhenko, de Vsévolod Pudovkin y de las personas con quienes comencé; de Lev Kuleshov, de Abram Room. Serán capítulos sobre logros inesperados y trabajo duro.

El comienzo propiamente dicho

En verano el río Neva es azul. En invierno es blanco. Por el azul navegan con botes de proas altas y transparentes. A través del blanco se extienden altas pasarelas amarillas. En verano se balancean calmos sobre el río los puentes gris pardo de madera, crujiendo con sus sogas oscuras, empinados durante las inundaciones.

Tres rocines del mismo color trotan con tañido de campanitas y sacan un vagón de lata pintada por encima de la joroba del puente. Aquí ellos se detienen. Desenganchan al tercer caballo. El cochero toca la campana: el par de rocines tensan los tirantes de cuero. El vagón se mueve.

El tercer caballo con el postillón en su lomo vuelve a paso lento hacia abajo para buscar un nuevo vagón.

Eso sucede en los puentes de madera, y también en ambos puentes de hierro, el Nikoláievski y el Liteini.

Aún no hay tranvía en la ciudad: todavía no caducó la concesión de los tranvías a caballo, a la cual pertenecen los rieles de todas las tierras de San Petersburgo. En invierno (atravesando el hielo, no previsto por los concesionarios), desde el Almirantazgo hasta Peterburgskaia Storóná va y viene el pequeño vagón del tranvía eléctrico.

Desde la rambla, a través de un alto muro de granito, observaba el jirón de una brillante llama azul que refulgía sobre el vagón.

Los faroles en el centro de la ciudad eran de gas, con una luz celeste. En los suburbios eran opacos, amarillos, de querosén, con hollín en los vidrios.

En la avenida Nevski, en los altos postes, tiembla la electricidad y zumba con un brillo violeta.